

DOMINGO 13 DE NOVIEMBRE, 2022

En estos últimos dos años, he visto pasar a muchos de los artistas que más admiro por distintos escenarios, y tengo la suerte de poder decir que estas experiencias en su mayoría han sido memorables, en un buen sentido. Sin embargo, cuando alguien me pregunta cuál fue mi concierto favorito, o cuál fue un concierto que para mí haya sido "perfecto", solo se me viene uno a la mente: la performance de Arctic Monkeys en el segundo día del festival Primavera Sound. El domingo 13 de noviembre de 2022, para ser exactos.

Me podrán gustar un montón de actos musicales, pero el amor que tengo por otros artistas no se puede comparar al amor que le tengo a los Arctic. Son parte de mi personalidad. Me sé de memoria toda su trayectoria y la letra de cada una de sus canciones. Están en mi fondo de pantalla, mi funda del celular, mi cuarto, mi mochila, mi billetera, mi sube, y hasta en mis trabajos del colegio. Cuando se trata de ellos, mi fanatismo no tiene límite. Es difícil detallarlo tal cual por escrito.

Estoy segura de que nunca esperé tanto que llegara una fecha como esperé que llegara ese domingo. Desde que saqué las entradas para el festival, no pasó ni un día en el que no me imaginara cómo se darían las cosas cuando fuera el momento. La imagen soñada de estar en valla en el show y tener a mis ídolos cara a cara por primera vez se repetía en *loop* en mi cabeza por horas.

La noche antes del show fue muy movida, pues yo también había ido al primer día del festival, sábado 12 de noviembre, y llegué a mi casa bastante tarde, y hecha pelota. No dormí mucho. Estaba muy manija pensando en lo que iba a pasar el día siguiente.

Al otro día me desperté cerca de las once de la mañana. Me acuerdo que me sentía disociada de la realidad. Todo se sentía demasiado irreal. No caía en que lo que había ansiado tanto tiempo había llegado. Hasta me acuerdo que, cuando me estaba arreglando para salir, me largué a llorar de una manera terrible. Fue muy repentino. Me agarró tremendo ataque de ansiedad. Todavía tengo audios míos sollozando que mandaba al grupo de WhatsApp que tengo con Cata y Luli, con quienes iba a ir al festival.

Ese día, mi viejo me hizo el aguante desde las ocho de la mañana en la fila del festival. Si, fue a hacer la fila por mí, y mientras yo estaba en mi departamento, él iba escribiéndome a cada hora para mantenerme al tanto de todo. Según él, la fila era extensa, y los de seguridad alertaban que existía la posibilidad de que las puertas se abrieran antes de lo pensado, debido a la gran cantidad de personas que se habían acumulado. Cuando escuché esto, entré en pánico, así que dejé todo lo que estaba haciendo, agarré mi riñonera ya preparada con las cosas que iba a llevar, y le informé a mi vieja que era hora de partir.

Juntas caminamos hasta la terminal de subtes de la línea “B”, y nos subimos en el primero que vimos e hicimos su trayecto completo hasta la parada final, la cual se encuentra a un par de cuadras del Luna Park. Traté de dormir durante todo el recorrido, para así ignorar la ansiedad que no paraba hacerme ruido, pero era inútil. No pude pegar un ojo en todo el viaje.

Una vez que nos bajamos del subte, nos tomamos un taxi que nos llevó hasta el *venue*. Ya se sentía el aire a festival por las calles de la ciudad. Pasamos por Plaza de Mayo, y a esa altura uno podía distinguir quienes también se encontraban rumbo a Costanera Sur. Había ciertas cosas que los delataban: la vestimenta, las riñoneras, los brillos en la cara, los carteles en mano, entre otras. Era fácil darse cuenta.

El taxi nos dejó a un par de cuadras de donde teníamos que ingresar, y ya se alcanzaba a ver la fila repleta. Empecé a caminar en busca de mi viejo, rodeando a la gente que se encontraba sentada en la vereda esperando al rayo del sol. Mi vieja se quedó al lado mío hasta que finalmente lo encontramos, a unos diez metros del principio de la fila. No mentía cuando dijo que estaba “ahí nomás de la entrada”.

Cuando me vio llegar, mi viejo y las personas que lo rodeaban me recibieron con una ronda de aplausos, y al instante, me di cuenta que obviamente hizo lo que más natural le sale y pasó todas esas horas de espera socializando con cualquiera que estuviera a su alrededor. Nos abrazamos y le agradecí hasta que él y mi vieja se fueron unos minutos después.

Ahora estaba sola y me tocaba esperar a que llegaran Cata y Luli. Eran los últimos minutos antes de que fuera la hora de abrir las puertas y no paraba de mandarles mensajes, desesperada. Por suerte, llegaron y me encontraron al toque. Ahora sí, se aproximaba la parte que más me aterraba: el ingreso al *venue*, y el hecho de que la distancia entre las puertas principales y la que era realmente la entrada al área del festival era más de un kilómetro no me ayudaba mucho.

En un segundo, esa fila que fue formándose lentamente desde primeras horas de la mañana, se desarmó y dispersó a lo largo de Avenida España, y se transformó en una estampida desenfrenada entre cientos de personas hasta llegar al predio, todas con la misma ilusión de asegurar un lugar lo más cercano al escenario para obtener la mejor vista posible. Nuestros pasos resonaban como tambores de guerra, mientras que el staff de seguridad nos advertía constantemente que no estaba permitido correr, que vayamos con calma ya que en algún momento todos íbamos a llegar, pero todos teníamos una ambición en común, y no nos podían parar.

A mitad de camino, el calor y la agitación invadieron mi cuerpo y me vi obligada a desacelerar. Llegué a sentir que me iba a desmayar y que la iba a quedar ahí, lo cual me parecía raro porque siempre fui de tener gran resistencia en lo que son los festivales, pero este no era cualquier festival. Afortunadamente, me repuse enseguida y comencé a correr otra vez, más rápido, en especial cuando llegué al área del festival donde estaban los escenarios. Me calmé una vez que vi la parte del frente del escenario principal y las pocas personas que habían llegado, entre ellas, Cata, quien se encontraba sentada en el pasto, recuperándose de todo lo que habían sido los últimos diez minutos.

Me senté a su lado, tratando de respirar a pesar de las nubes de tierra, que se habían formado debido al correr de la gente. Ninguna de las dos daba más. Intercambiamos algunas palabras con las personas que estaban cerca nuestro, ya que todos estábamos en la misma después de toda esa tortura, pero cuando nos quisimos acordar, nos dimos cuenta de que habíamos quedado a una persona de distancia de la valla. Justo en el medio, frente al micrófono principal. No lo podía creer. La vista era perfecta.

Tan solo un rato después, si bien la señal en el predio era pobre, me llega un mensaje de Luli. Nos estaba buscando a Cata y a mí para darnos una bolsa con comida y bebidas

que nos había hecho el favor de comprar apenas ingresamos. Luli sabía que Cata y yo íbamos a hacer toda una movida al entrar temprano para así tratar de conseguir el mejor lugar posible, y sabía que no nos pensábamos mover del lugar que terminaríamos alcanzando. Ella, en cambio, iba a ir sin prisa alguna y hacer la suya. Es por eso que le pedimos si nos podía comprar algunas cosas para poder soportar la tarde completa sin pasar hambre ni sed.

Junto con Cata, le hicimos señas con nuestros celulares, y así Luli nos pudo ubicar y hacer su paso a través de la multitud para alcanzarnos la bolsa. Sí no fuera por ella, quién sabe si hubiéramos aguantado. Estoy en deuda de por vida. Se la quiere mucho.

Las horas pasaban y, sorprendentemente, estas aparentaban más cortas y llevables de lo que yo pensaba. Había llegado esa parte de la espera de un concierto en la que todos los que están cerca de la valla comienzan a hablarse los unos con los otros, cantar canciones del artista que van a ver, pedirle agua los del staff de seguridad, algunos para tomarla y otros para tirársela en la cabeza.

Por otro lado, se podía ver cómo más gente se aglomeraba en los alrededores ya que, cuando cayeran las cinco de la tarde, la promesa del *indie-pop*, Phoebe Bridgers, pasaría por el escenario principal para tocar algunas de sus canciones frente al público argentino por primera vez.

Arrancó el set de Phoebe, bien puntual. Si bien es una artista de la que yo no soy muy fanática, estaba muy emocionada de verla. Se notaba su comodidad con nuestro público, y se la veía muy contenta. Escuchar sus canciones en vivo transmitían esa melancolía tan característica que tiene su música. Honestamente, yo tenía muchas ganas de saltar junto con el resto del público, pero calculé que eso probablemente iba a generar que me moviera de lugar, y no podía arriesgarme a perderlo estando tan cerca del escenario.

Caen las seis de la tarde y Phoebe termina su set con *I Know The End*. Es ahí cuando empezaría la primera etapa del caos, la cual resultó ser tan solo un leve anticipo de lo que sucedería luego.

Llega el momento del cambio de audiencia. Es el turno de que, los que estaban en la valla y alrededores para ver especialmente a Phoebe, luchan para salir de la multitud contra las personas cuyo propósito es adentrarse más en el tumulto y estar más cerca del escenario para el próximo acto, el acto principal. Para la sorpresa de pocos, estos últimos resultaron ser la mayoría.

Se asoman los primeros desmayos, la escasez de espacio y aire se vigoriza cada vez más, hasta surgen peleas verbales y físicas entre los de seguridad y la gente que ruega que los saquen del montón. A todo esto, todavía faltaba una hora para que la banda que todos ansiábamos ver saliera al escenario. Éramos setenta mil almas reunidas en el mismo sitio, esperando a las mismas cuatro personas.

Entre una cosa y otra, la única persona que se interponía entre mi cuerpo y la valla comenzó a abrir el paso y pedir permiso como pudo con el fin de dirigirse hacia el fondo. Fue en ese momento en el que vi una oportunidad que no podía dejar pasar, y en un lapso de cinco segundos, logré ocupar su lugar en la valla.

No puedo poner en palabras lo que sentí el segundo en que me aferré a la barrera de metal. Ya no había ni cabezas que bloquearan mi vista del escenario, ni necesidad de empujar a nadie que estuviera en frente mío. Efectivamente, estaba en el lugar ideal, y la imagen que estuvo en mi cabeza por tanto tiempo, poco a poco, se estaba concretando.

El festival seguía su curso con normalidad. No obstante, había una cierta sensación de inquietud en el aire, pues ese estado tempestuoso que habían precedido los canales del clima ya era claramente visible. El cielo entero se tiñó de gris y se podían contemplar las primeras gotas de agua. Esto creaba una nueva preocupación en la mente de los espectadores: que el show se cancelara debido a las condiciones meteorológicas. Entre esto y el hecho de que cada vez eran más los que perdían el conocimiento en el público, me resultaba imposible lidiar con los nervios.

A menudo, trataba de girar mi cabeza lo más que me permitía el cuerpo para preguntarle a Cata si estaba bien. Ella estaba justo atrás mío. Yo le decía que se agarrara de mí y que no se soltara, pensando que cuando la gente se moviera y se abriera un espacio en la

valla, ella podría meterse y estar al lado mio, pero las chances eran nulas. Nadie se movía, y aunque uno quisiera, era incapaz de hacerlo. El lugar estaba hasta las manos.

Se hacen las siete de la tarde, y solo hay diez minutos restantes para que arranque el show. El éxito británico *Last Train To London*, de Electric Light Orchestra, retumba a través de los parlantes, y las personas de alrededor lo cantan en regocijo. Este tiene fama de ser el primero de dos temas en sonar antes del inicio de cada presentación de los Arctic. La paciencia se agota.

Una vez finalizada la canción, comienza a escucharse el clásico de Tom Jones, *It's Not Unusual*. Este es el segundo y último tema que indica que la banda está por hacer su aparición. Su estribillo resuena en el predio mientras que el público hace los coros, pero solo les toma un segundo transformar su canto en desaforados gritos de emoción al ver quienes habían pisado el escenario.

Busqué mil maneras de poder describir este momento con la mayor exactitud posible, pero después de tantas vueltas, llegué a la conclusión de que no existen ni existirán las palabras suficientes para relatarlo tal cual fue.

Pasó tan de repente, sin introducciones ni advertencias. Entraron como si nada, desde el ala izquierda del escenario, como acostumbran ellos. El primero en entrar fue Alex, con sus típicos *Ray-Ban* negros cubriendo sus ojos y su saco de etiqueta azul oscuro. Llevaba esa característica elegancia de *frontman* que a él nunca le falta. Luego le seguían Nick, Matt y Jamie, cada uno con sus distintivas vestimentas de cada presentación. Los cuatro entraron saludando a la audiencia y enseguida agarraron sus instrumentos, ya preparados para tocar el tema que abriría el show.

Cuando los vi entrar, quedé completamente anonadada. Mi sistema había dejado de funcionar con normalidad. En ese momento, no dije ni hice nada. Me tardé unos segundos en generar una reacción física. Aun así, un grito ahogado fue todo lo que me surgió. Me costaba asumir lo que estaba pasando.

Una parte de mi sintió que absolutamente nada era real. Si, tenía a mis ídolos a dos metros de distancia y lo que sea, pero ellos no estaban realmente ahí. No eran nada más

que producto de una alucinación mía. Sin embargo, otra parte de mi sintió que ya había estado ahí, que esta era una experiencia de la que yo ya había sido testigo una infinidad de veces en el pasado. Sus rostros se me hacían tan familiares, y eso me mantenía bajo calma en cierta forma. Después de todo, de alguna forma u otra, ellos ya eran parte de mi realidad y mí día a día.

Estas dos ideas hacían un constante eco en mi cabeza. No sabía qué pensar, pero decidí dejar ese debate para más tarde porque, al fin y al cabo, lo creyera o no, ellos se hallaban ahí mismo, ante mis propios ojos. Más humanos y auténticos que nunca.

La banda abrió su set con *Sculptures Of Anything Goes*, el tercer *track* de su más reciente álbum *The Car* (2022), cuyo estreno fue a menos de un mes del concierto. La potencia del bajo de Nick vibraba mediante los amplificadores y se mezclaba con las voces del público que, a pesar de haber pasado tan poco tiempo desde su lanzamiento, entonaban cada estrofa a la perfección.

Me acuerdo que intentaba cantar con todas mis fuerzas, pero se me dificultaba, puesto a que mi voz ya se encontraba afónica del día anterior. Modulaba sin lograr emitir sonido. Aunque suene boludo, me sentía culpable por eso, por no haber guardado mi voz para la hora de su presentación, y gastarla toda en el primer día del festival. Trataba de convencerme de que era “una señal de lo bien que la pasé el sábado” (lo era), de igual manera, me seguía sintiendo culpable.

En los últimos segundos del instrumental, el *frontman* toma su guitarra y, junto con el resto del grupo, hacen una transición directa al segundo tema, *Brianstorm*, tal vez uno de sus temas más energéticos, que resultó ser el que iba a hacer que el público argentino alcanzara el éxtasis máximo. Con un machaque veloz de batería de Matt y las guitarras endemoniadas de Alex y Jamie, Costanera Sur tomó más temperatura que nunca, se olvidó de la lluvia y, en la parte de adelante, las cosas se pusieron más espesas.

Apenas comenzó la canción, noté como la presión que se concentraba en mi pecho y costillas incrementó de un saque. Mi cuerpo se aplastó contra la valla aún más, y sentí como esta se movió levemente hacia adelante, lo cual me preocupó un poco. Mi vista se dirigió por un instante hacia las pantallas, que justo estaban enfocando al público desde

arriba, y vi como toda la zona del escenario principal estaba repleta de gente *pogueando* al ritmo de la música. El lugar estaba colmado hasta el fondo, tanto que no se veían rastros del piso. También, vi cómo tan solo un par de metros atrás mío, se forjó un pozo en el cual se podía observar como algunas personas se caían unas sobre las otras, formando una literal pila de cuerpos amontonados. Era demasiado.

Mi vista volvió a centrarse en el escenario y analicé los rostros de los integrantes de la banda, quienes ya por su naturaleza británica no son muy expresivos, pero estaba claro que se habían dado cuenta de lo que estaba pasando. La preocupación en sus ojos era evidente, salvo en los de Alex, que seguían cubiertos por sus lentes oscuros. Aun así, este fue el primero en tomar las riendas del asunto, y justo antes de tocar la *outró* de *Brianstorm*, paró por completo el show, y observó con desconcierto lo que estaba sucediendo en frente suyo.

“Tranquilícense, relájense todos”, pidió el vocalista, antes de quitarse sus lentes, dejando ver sus ojos por primera vez. “Cálmense. Si alguien al lado suyo se cae, por favor, levántenlo. Cuidémonos entre todos”, continuó amablemente, después de unos segundos en silencio, sin apartar la vista del público. Estaba en shock, y con más razón, ya que no es común para los Arctic tener que parar un show debido a inconvenientes con la audiencia, y tampoco es común que Alex se comunique verbalmente con ella. Él y el resto de los integrantes suelen ser bastante fríos. Como dije antes, “naturaleza británica”.

Después de ese prolongado corte, la banda finalmente retomó con la última parte de la canción, pero en mi caso, ya era muy tarde. *Brianstorm* ya me había dejado traumas de por vida. Si pongo alguna playlist en aleatorio y sale ese tema, muchas veces lo cambio. Me genera *war flashbacks*. Cuando esta finalizó, la presentación tuvo que ser frenada nuevamente. Esta vez parecía ser más serio, puesto que algunos de los trabajadores del *backstage* subieron al escenario para comunicarse con los miembros de la banda.

Hay un momento específico durante esta última pausa que resalta, que es quizás el recuerdo más nítido que tengo hoy en día de todo el show. Ocurre cuando todos los que me rodeaban hacían comentarios al azar, riéndose de cómo toda la organización del festival estaba saliendo para el orto, mientras que los Arctic seguían presentes en el

escenario. Yo me quedé callada, viendo como un hombre que parecía ser un trabajador de seguridad de la banda acudía a Alex para darle lo que, en mi cabeza, parecían indicaciones de cómo se iba a llevar a cabo el show teniendo en cuenta el panorama.

Lo mire a Alex, y me llamó la atención cómo estaba parado. Tenía esa pose que él siempre tiene cuando está de pie en las entrevistas. Ligeramente encorvado hacia adelante, con sus manos reposando en su cintura. Francamente, era normal y nada del otro mundo. Entonces, mi atención se transportó a la manera en la que hablaba. Estaba tan cerca que podía distinguir como modulaba, y noté su acento característico. Fue relativamente fácil porque tiene un acento bien marcado, ya que proviene de Sheffield, una ciudad al norte de Inglaterra, pero era tan perceptible. Juro que era como si pudieras escucharlo. No podía despegar los ojos de esa escena. Habrán sido como mucho cuarenta segundos los que él y el de seguridad estuvieron hablando, pero a mí se me hicieron eternos. Lo veía y se sentía tan real, tan humano, tan familiar. Tiempo más tarde, caí en que todo eso es lo que uno experimenta cuando ve a sus artistas favoritos en carne propia por primera vez. En el momento, te pasan muchas cosas por la cabeza, y estas se van acomodando con el tiempo. Es un viaje, abrumador pero hermoso.

Mientras lentamente bajaba de este estado de frenesí, escuché los primeros acordes de *Cornerstone*, mi tema, mi canción más escuchada en Spotify. Una sonrisa se plasmó en mi rostro inmediatamente. Toda la atmósfera del lugar cambió a una más serena, y entonces pensé: “Qué raro que toquen *Cornerstone*. Hace bastante que no la interpretan, y cuando lo hacen, siempre es en la última mitad del show, no en la primera.” Luego se me ocurrió la teoría de que la canción en realidad no estaba en el *setlist*, y que el grupo se había puesto de acuerdo en el momento para interpretarla, con el fin de calmar a la multitud con un ritmo más lento, más dulce. Era una incógnita que iba a tener que esperar hasta después del festival, cuando se publicara el *setlist* original. De todos modos, estaba realmente conmovida de haberla podido oír en vivo. Tiene un lugar especial en mi corazón.

La última canción cumplió su propósito de calmar al público, hasta que llegó el turno de que sonara *Snap Out Of It*, una de las favoritas del público. Este tema logró despertar una vez más a la multitud desde el primer segundo, y la demencia volvió a inundar el

escenario principal, junto con el diluvio infernal que había empezado hace ya más de una hora y aparentaba seguir por el resto de la noche.

Tan pronto como Alex comenzó a cantar el primer verso, todo el predio se encontró coordinando sus saltos de arriba a abajo al compás de la guitarra, y yo no pensaba quedarme atrás. Me parecía incorrecto quedarme quieta durante esta canción, así que hice presión hacia el lado de atrás y me hice un espacio para poder disfrutar con el resto. Valió la pena ese esfuerzo, al menos hasta que el recelo fue obvio en las caras subidas al escenario, otra vez, y durante el último estribillo, toda la banda paró de tocar al escuchar el grito de su cantante principal: “Paren”. Esta ya era la tercera interrupción de la noche. “Den un paso atrás, por favor” ordena Alex, una vez más. “Ya volvemos”, dispara y enciende las alarmas entre los que estábamos presentes mientras el grupo se retira del escenario, visiblemente cansados y estresados por las circunstancias. La angustia me pegó de vuelta. Tenían todos los factores válidos para cancelar el show y no volver a aparecer en escena. Me quería matar ahí mismo.

Por los altavoces, una voz en *off* en español exclamó: “La banda está preocupada por la seguridad. Cálmense y el show va a continuar. Den un paso para atrás, por favor”. La forma en que lo dijo ya sonaba como amenaza, pero no decía cualquiera. La gente se estaba sofocando. El área del vallado era un descontrol. Yo estaba aguantando como podía, pero la mayoría a mi alrededor la estaba pasando muy mal, y muchos suplicaban que los sacaran. Los de seguridad, que digamos no tenían muchas ganas de hacer su laburo, se dividían para poder repartir vasos con agua y levantar a las personas que querían salir por arriba de la valla. Esa era la peor parte para mí, porque tenían que alzarlas y pasarlas por encima de mí. Me preguntaban si podía abrir el paso, pero yo no me pensaba mover ni un centímetro, por ende recibí varias patadas en mis brazos, cabeza y espalda en el curso de esa pausa.

Pasaron cuatro minutos hasta que por fin volvieron al escenario. Sentí un alivio inmenso. De nuevo, cada uno agarró su instrumento y prosiguieron a tocar *Why'd You Only Call Me When You're High?*, uno de los varios *hits* en su emblemático álbum, *AM* (2013). A partir de ahora, el concierto fue más relajado comparado a lo que había sido en el inicio. El público había bajado un cambio y su comportamiento ya no calificaba como “violento”. Pese a todo, nada los paraba de seguir cantando a todo volumen. Yo

seguía con complicaciones para vocalizar en cada canción, pero siempre intentaba darlo todo, a pesar del dolor que causaba.

El grupo siguió interpretando con normalidad los mejores temas de su repertorio, como el lento *There'd Better Be A Mirrorball*. Alex cantó la frase que abre el primer verso, “*Don't get emotional, that ain't like you*”, y me ganó la nostalgia y rompí en llanto, recordando el día que escuché la canción por primera vez. Estuve toda la canción secándome las lágrimas fusionadas con las gotas de lluvia que no querían cesar.

Otra imagen inolvidable de la noche fue cuando una percusión familiar se oyó por los parlantes del recinto, seguido por el inconfundible *riff* de la legendaria *Do I Wanna Know?*, probablemente la canción más famosa de los Arctic. La manera en la que los presentes coreaban la secuencia de guitarra era capaz de erizarte la piel. Uno apenas podía oír la tonada del cantante principal, tapada por las voces de las miles de personas que se sabían la letra de memoria.

Ya entrando en el tramo final del concierto, Alex chequea el estado del público al preguntarle a todos si nos sentíamos bien, y si nos estábamos cuidando entre nosotros. El público gritó con emoción en respuesta, afirmándole que si se encontraban bien, y el luego repitió la misma advertencia una última vez: “De acuerdo. Por favor, sigan cuidándose entre ustedes”, expresó el cantante, para a continuación tomar su guitarra y rasguear las primeras notas de *I Bet You Look Good On The Dancefloor*, poderoso sencillo de su álbum debut, *Whatever People Say I Am, That's What I'm Not* (2006).

Ahora se entendía porque Alex había pedido una vez más que nos cuidáramos entre todos, pues iban a tocar una de sus canciones más movidas, pero nadie pudo ajustarse a su solicitud, y la multitud actuó bajo los efectos de la euforia de la música. Si bien la mayoría repentinamente había recuperado esa energía que mostraron en el curso de la primera parte del show, algunos no soportaron otra embestida más, y volvieron a escucharse los abundantes llamados de ayuda para salir del área del vallado. Sin embargo, los de seguridad parecían no estar notando lo que sucedía. Quien sí lo notó, fue Alex, que apenas terminó de cantar la última estrofa, vio que la persona que estaba atrás mío se había desmayado ahí mismo, así que rápidamente apuntó en su dirección y

gritó: “Ayúdenla”. Fue recién en ese entonces que uno de los de seguridad accionó y retiró al inconsciente del montón.

Me acuerdo que yo me había dado vuelta para poder ayudar a la persona que querían sacar de ahí, y cuando volteé, la vi a Cata, después de tanto tiempo. Era la primera vez que la veía desde que había iniciado el show. Estaba a una persona de distancia mía. Cuando la vi, ella miró justo para mi lado e hicimos contacto visual. Ella gritó mi nombre, a lo que yo respondí con un “Boluda! No sabía dónde estabas!”. Luego, giré para ver el escenario un segundo, y volví a girar hacia donde estaba Cata y le grité: “Él está re bueno, boluda!, refiriéndome a Alex. Fue lo primero que me salió en decirle. Recién después de eso le pregunté si ella se sentía bien. Soy re buena amiga.

Tras el último incidente mencionado con respecto al público, el show se reencontró en una situación idéntica a la del principio, porque el grupo decidió abandonar el escenario por segunda vez. Si, de vuelta. Sinceramente, no me iba a extrañar si no regresaban, ya que era casi la hora en la que su *set* debía finalizar, según los horarios del festival, pero para mi sorpresa, estos volvieron para interpretar un par de canciones más.

Se pudo contemplar una versión épica de *Body Paint* bajo la lluvia. Me gusta referirme a esta canción como la “*Bohemian Rhapsody*” de los Arctic Monkeys, ya que esta también se divide en varias secciones, variando tanto de forma instrumental como lírica. No se asemeja al nivel del *hitazo* de Queen, pero en mi opinión, sigue siendo una pieza realmente hermosa y excepcional. Mientras tocaban la icónica *outro* de la canción, yo no podía hacer nada más que mirarlos con asombro. Cada uno de ellos lo estaba dando todo de sí mismo, y juntos sonaban increíbles. Quedé absolutamente atónita.

Pronto comienza a sonar la *intro* de una reformada variante de *505*, una con un tempo más lento que el de la original. “¡Muchas gracias, Buenos Aires! Espero volver a verlos”, dijo Alex, señalando que esta iba a ser la canción que le diera un cierre al show. Es acá cuando, lamentablemente, mi memoria me abandona, ya que no dispongo de casi ningún recuerdo concreto a partir de esta fracción del día.

No me acuerdo de haber escuchado el resto de *505*, lo cual me resulta triste, ya que esta es la canción por la cual me empezaron a gustar los Arctic. Significa tanto para mi esa

canción que hasta tengo su título grabado en uno de los lados del relicario que llevo colgado en el cuello todo el tiempo. Tampoco me acuerdo de cómo me reencontré con Cata, ni con el resto de las personas que estaban conmigo al principio del festival. Solo tengo algunas fotos, y vídeos de muy mala calidad, a los cuales me cuesta mirar.

Es más, la mayor parte de las memorias que redacté sobre esa fecha son cosas y detalles que mi mente no me permitió recordar los días siguientes al concierto. El lunes y martes después del show los pasé en el campamento del colegio, el cual no disfruté para nada, ya que no me podía acordar de nada de lo que había presenciado. Absolutamente nada. Me sentía fatal. En esos días, tomé la decisión de no sacarme la pulsera de acceso al festival. Todavía la tengo puesta hasta el día de hoy.

Durante el campamento, me la pasé adolorida por la cantidad de golpes y moretones que tenía, además de una migraña horrible. Tampoco paraba de llorar. En parte eran lágrimas de felicidad, pero en el fondo, por alguna razón, lloraba porque sentía que no había disfrutado de la experiencia al máximo, que no había apreciado a mis ídolos lo suficiente cuando los tuve al frente. Era muy extraño. Nunca me había pasado eso después de un concierto, y no podía entender porque me sentía así.

Por suerte, con ayuda del tiempo y testimonios de las personas con las que fui al festival, mis recuerdos se fueron acomodando, y llegué a la conclusión de que si disfruté del show. Solo tenía que acostumbrarme a la idea de que la exacta sensación de ver en vivo a mi banda favorita no iba a volver... o al menos eso pensaba.

Actualmente, los Arctic Monkeys están a menos de dos semanas de concluir su gira por Norteamérica con tres fechas en *The Kia Forum*, uno de los *venues* más emblemáticos de la ciudad de Los Angeles, y tengo el privilegio de decir que me encuentro terminando de escribir este texto subida a un avión camino a California, con un par de entradas para presenciar de vuelta a mis artistas preferidos exponer su arte de la manera más pura. Quizá la música me transportará a la mística de ese domingo lluvioso de noviembre, o quizá se sentirá como la primera vez, pero si de algo estoy segura es de que ese reencuentro del sueño cobrará vida, y sin duda va a ser inolvidable.